

## INTRODUCCIÓN

*Carlos García Gual*

### I

Los dieciséis ensayos que forman este volumen, en una secuencia que abarca unos ocho siglos —desde el VI a.C. hasta los finales del siglo II d.C.— tratan de ofrecer un panorama de lo que fue la Filosofía griega, esa tradición de pensamiento crítico sobre el ser, el hombre y el mundo que es, en definitiva, el origen histórico y el cauce determinante de lo que ha sido y es la actitud y la actividad filosófica en el mundo occidental hasta nuestros días. Griega es la palabra y a los griegos remonta esa perdurable reflexión teórica general de tan larga repercusión en los terrenos del saber y del investigar sobre lo que somos y podemos conocer mediante nuestra razón. Empezando por unas consideraciones sobre los mitos como forma de ver y pensar el mundo y concluyendo por un movimiento como la Gnosis, donde la tradición filosófica vuelve a enlazar con imágenes míticas, estos ensayos muestran las principales sendas del discurrir del *logos* a lo largo de esos siglos en el ámbito de la cultura griega, así como la huella dejada en esa tradición por las figuras más relevantes del pensamiento antiguo.

Tratándose de un territorio tan vasto y tan bien explorado, sobre tanta y tanta bibliografía, no era de esperar que las aportaciones fueran de espectacular novedad, ni tampoco que, en su limitado espacio, pudieran exponer en detalle todos los temas de tan vasto periodo. Lo que se ha buscado es reflejar, con una pluralidad de enfoques, la riqueza de esas hazañas del pensamiento helénico dentro de su marco histórico, atendiendo más a la síntesis que a la exposición pormenorizada de los problemas y los textos. Por eso el lector va a encontrar, pienso, una síntesis bastante clara de los desarrollos y de las teorías más significativas, una presentación escueta de las grandes figuras y su significación en esa línea crítica, pero no un manual de las doctrinas filosóficas

que rivalice con los ya existentes. Es éste, en definitiva, un libro que pretende dar una visión panorámica del pensamiento griego, con un amplio horizonte y con líneas claras, pero no un texto seguido y completo de las vidas y opiniones de los filósofos antiguos. Sus enfoques son varios, y están presentados desde una notable fragmentación, a partir de la división de autores y temas que muestra el índice del volumen. Sin embargo, es un conjunto de artículos con una continuidad clara, con una secuencia precisa, temporal y temática, en la que queda en evidencia ese diálogo crítico que es el eje de la marcha de la filosofía a través de pensadores, escuelas, y textos que se responden y discuten entre sí. Es, en mi opinión, un volumen bien informado, actual y sugerente, a la par que renovador.

Como apuntábamos, aquí se reafirma el aserto de que la filosofía surge en Grecia y en el contexto histórico bien conocido del que aquí partimos. No se trata de negar que también otros pueblos y otras culturas hayan buscado una explicación del mundo y de la vida desde presupuestos racionales dentro de una tradición sapiencial. En la *Historia universal de la Filosofía*, de H. J. Störig<sup>1</sup>, se comienza el panorama histórico por «La sabiduría de Oriente», que incluye «la filosofía de la India antigua» y «la antigua filosofía china», antes de ocuparse de los pensadores griegos. Pero, al comenzar con éstos, el autor advierte que sólo con Grecia empieza la relación directa con nuestro modo de filosofar. Lo oriental sigue siendo para nosotros exótico, como ya era lo egipcio para los griegos de la época clásica, hace veinticinco siglos. Es ya muy retórico afirmar, como dijo el poeta romántico —y han repetido tantos después— que «nosotros somos los griegos». (Y si lo somos en algún sentido, vamos dejando de serlo a marchas forzadas.) Pero, aun así, nos movemos en el cauce de una tradición que comienza con ellos, pensamos con muchos moldes y formas de cuño helénico, como usamos numerosos términos y conceptos heredados de Grecia. Sin tener plena conciencia de ello, somos aún platónicos o aristotélicos en gran medida, por tradición y hábito.

Demasiado se ha escrito sobre los orígenes del filosofar, sobre ese fenómeno cultural tan decisivo de la aparición de los primeros filósofos allá en Jonia en el siglo VI a.C. Pero aun así, anotemos brevemente algo sobre cuestión tan radical. ¿Por qué fue Tales de Mileto quien mereció el título de fundador de la Filosofía, como un *protos heuretés* de esa peregrina forma de enfrentarse al mundo? Como no se relata en los ensayos recogidos a continuación tan debatido tema, apuntaré un par de sugerencias que reflejan, en mi opinión, el modo actual de enfocar la cuestión. La Filosofía nace, desde sus comienzos, como una reflexión crítica sobre el mundo, como un rechazo de la tradición mítica por considerarla, desde cierto nivel de exigencia, insuficiente para ex-

1. A. Gómez Ramos (trad.), Taurus, Madrid, 1995.

plicar la realidad, y ese rechazo de la tradición mítica sólo se explica desde cierto contexto histórico.

De un lado, la formación de un centro de discusión en el ambiente de la *polis*, con su democratización del saber y la palabra, y, de otro, la difusión de la escritura, la escritura alfabética, con lo que ello conlleva de exigencias de un saber crítico y preciso, hacen de Grecia, y de las ciudades jónicas en concreto, un lugar favorable para la reflexión crítica, en el marco de una cultura ilustrada y enriquecida por variadas e importantes aportaciones de los conocimientos culturales del Oriente (en astronomía, por ejemplo). Por otra parte, la apertura de esas ciudades costeras al comercio, la aparición de las leyes escritas y de la moneda, y los contactos con otras tradiciones culturales ofrecen un buen punto de apoyo al escepticismo respecto de la tradición mítica y a la confianza en la crítica racional, el *lógos*, que está en la base de las nuevas especulaciones sobre la naturaleza y la sociedad. W. Jaeger, P. M. Schuhl, B. Farrington, J. P. Vernant, H. Fränkel y otros ilustres historiadores del pensamiento griego, han insitado y analizado con brillantez esos aspectos.

Más recientemente E. A. Havelock, M. Detienne, y otros, han mostrado los progresos intelectuales que la escritura aporta a la consideración crítica del mundo, esa misma actitud crítica y esa búsqueda de precisión y claridad, en la nueva concepción de la verdad, la *alétheia*, en el sentido de «desvelación» de la naturaleza oculta de las cosas, que es, a fin de cuentas, algo primordial en el empeño filosófico frente al saber tradicional. También M. Heidegger y Ortega —y algo antes lo había apuntado Nietzsche— trataron, muy agudamente y con diverso estilo, aunque con notables coincidencias de fondo, de ese recelo jonio ante el mito y de la denodada pesquisa emprendida por los primeros filósofos desde su contexto cultural preciso, donde trataron de responder con nuevas ideas a la crisis de sus creencias desacreditadas a la luz de las nuevas exigencias del *lógos*. No una razón que se mueve en abstracto, sino un proceso histórico es lo que hay que analizar en esos inicios griegos de la búsqueda de un saber racional y radical sobre el mundo y nosotros mismos. Pues, como escribió Ortega, «la Filosofía no es un modo constante en el hombre, no es ubicua y ucrónica. Nace y renace en determinadas coyunturas de la Historia que se caracterizan porque en ellas una fe, un repertorio de «opiniones reinantes», de vigencias noéticas tradicionales sucumben. Y en una de esas crisis del mito, como respuesta a un «asombro y extrañeza» —el término griego es *thaumázein*—, un «extrañarse» que lleva a preguntarse por el fondo mismo de todo, apareció, en Jonia y el siglo VI a.C., la filosofía.

Frente a la naturaleza «que gusta de ocultarse» (*physis philei kryptesthai*), como dice Heráclito, el filósofo se empeña en la búsqueda de la *alétheia*, esa verdad que ha de ser «desvelada» mediante la indagación racional. Los filósofos vienen a reemplazar y compiten con los poetas como «maestros de la verdad», la *alétheia*, que ya no está garanti-

zada por las memoriosas Musas, sino por la investigación personal, atendiendo a ese Lógos, que, como dirá enfáticamente Heráclito al comienzo de su obra, es la Razón Común. Más allá de la etimología de *alétheia* como negación del Olvido (*Léthe*), en que insistió Heidegger, M. Detienne<sup>2</sup> ha mostrado con agudeza cómo se va perfilando en el mundo arcaico griego una nueva concepción de la «verdad» como saber auténtico cada vez más laico y positivo. Junto a los filósofos habría que considerar a otros buscadores de la sabiduría, que dejan una profunda huella en esa sociedad griega cada vez más racionalista e ilustrada. Como esos reformadores sociales y legisladores a los que la tradición consagró en la legendaria e histórica lista de los Siete Sabios, que representan bien un momento fundamental en la formación de la sociedad política griega<sup>3</sup>.

En todo caso, las relaciones entre la sociedad y el filósofo son uno de los puntos claves de cualquier intento por comprender la función de éste en una tradición que se inaugura en la Grecia arcaica. Todo pensador debe ser estudiado en su contexto social para ser bien entendido. El filósofo griego aparece como un nuevo tipo de «sabio» en esa Grecia arcaica. El *philosophos* desplaza al *sophós* como maestro de la verdad, como un pensador crítico, aunque admite que, al margen de su búsqueda de una sabiduría general, subsistan los expertos en saberes y técnicas concretas, que, en su especialización, merecen también el título de «sabios» (*sophoi*). El aprecio por los «sabios» —y luego por los «buscadores de la sabiduría»— fue característico de la cultura helénica, como advirtió Nietzsche —en su esbozo inconcluso sobre *La filosofía en la época trágica de los griegos*—:

Otros pueblos tienen santos; los griegos tienen sabios. Se ha dicho con razón que un pueblo queda caracterizado no tanto por sus grandes hombres, sino más bien por la forma como los reconoce y los honra. En otros tiempos es el filósofo un caminante accidental y solitario en un medio extremadamente hostil, que o se desliza huraño o se abre paso con los puños cerrados. Únicamente entre los griegos el filósofo no es un fenómeno accidental [...] Los griegos justifican al filósofo, porque únicamente entre ellos no es como un cometa.

Las relaciones entre la ciudad y el filósofo, entre el contexto cultural e histórico y la situación personal del pensador determinan los estilos y problemas de la filosofía, que se presenta siempre encajada en el marco de la cultura y de la política, de modo que al repasar el desarrollo de la teoría filosófica no hay que olvidar nunca el trasfondo histórico y social de la Grecia antigua, tan agitada durante esos siglos. (Hasta el famoso enfrentamiento entre *mythos* y *lógos* tan relevante en el pensamiento antiguo debe ser visto, no como un choque frontal, sino como un largo

2. Cf. *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, Madrid, 1981.

3. Cf. C. García Gual, *Los siete sabios (y tres más)*, Madrid, 1989.

proceso de discusión, oposición y diálogo, como se ha señalado repetidamente<sup>4</sup>).

En los ensayos siguientes, se verá cómo unos autores hacen mayor o menor hincapié en ese contexto histórico, pero se advertirá que nunca queda olvidado. Incluso cuando el filósofo quiere negar la historia y se opone a la sociedad en la que le ha tocado vivir, como es el caso de Platón, por ejemplo, el contexto histórico ha determinado su actitud. Desde los pensadores de Mileto hasta los estoicos, los neoplatónicos o los gnósticos, los cambios que ha sufrido la sociedad griega, desde las pequeñas *poleis* hasta la sumisión al Imperio romano, son enormes. Y la función del filósofo ha cambiado también con las épocas, aunque se haya visto definida no sólo por la situación histórica, sino fundamentalmente por la tradición intelectual en la que se inscribe. Con sus escuelas o sectas, con sus quiebras, oposiciones y desviaciones, la tradición filosófica griega forjó también una manera de historiar el propio desarrollo de la filosofía. Es Aristóteles el primero que, al presentar sus problemas, traza un breve esbozo de la historia intelectual de los mismos. Y, por mucho que se pueda criticar su parcialidad al respecto, ya que tiende a verse como el eslabón último de la cadena dialéctica, no cabe negar que esa actitud fue enormemente aleccionadora. Es una lástima —aunque en algunos aspectos resulte ventajoso— que de toda la historiografía filosófica antigua se nos haya conservado por entero sólo la obra erudita de Diógenes Laercio, cuyas *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, un centón de anécdotas mezcladas con datos biográficos y algunos resúmenes poco agudos, viene a colmar la laguna de muchos escritos doxográficos perdidos.

No hay que olvidar, por lo tanto, que nuestros conocimientos de los textos de los filósofos antiguos son —con la excepción de casos como Platón y, en menor medida, Aristóteles— fragmentarios. De modo muy evidente en los llamados presocráticos y en los sofistas, pero también en los epicúreos y los estoicos. Las reconstrucciones de esos sistemas de pensamiento —pues el pensamiento filosófico tiende a ser siempre sistemático, aunque de modo programático lo sea más en el periodo helenístico— resultan a veces conjeturales, y a veces dañados por la mala interpretación intencionada o descuidada de autores posteriores. La investigación moderna de la Historia de la Filosofía ha mejorado notablemente la consideración de algunas escuelas, tradicionalmente marginadas por cierta falta de respetabilidad académica. Es el caso de los cínicos, los epicúreos y los escépticos. En los ensayos que aquí se les dedican se resalta su valor intelectual y su influencia histórica. Es muy fácil de entender que, en esos breves ensayos, no puedan tocarse todos los puntos de la teoría filosófica de un gran autor o una es-

4. Me remito a las indicaciones recogidas en C. García Gual, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, 1991.

cuela, pero la progresión de las reflexiones teóricas y el diálogo entre las varias tendencias filosóficas a lo largo de las épocas queda bien apuntado. No hace falta, pienso, insistir en un prólogo como éste en la división tradicional en tres grandes etapas de la Filosofía griega: la de los autores anteriores a Platón (preplatónicos hubiera sido una etiqueta mejor que presocráticos), el periodo clásico (de Platón a Aristóteles), y las escuelas posteriores del helenismo y el Imperio romano.

Tal vez habría quedado más completo el panorama filosófico al incluir algún capítulo dedicado a los pensadores latinos —Lucrecio, Cicerón, Séneca— que, si bien fueron, ante todo, traductores e introductores de escuelas filosóficas griegas en el ámbito romano, bien merecen, por su singular personalidad, un tratamiento propio. El hecho de que hayamos tratado aquí más de teorías filosóficas que de autores hacía, sin embargo, muy difícil reunir a estos escritores de tan distinto talante y orientación en un único apartado, y hemos preferido prescindir de ellos a despacharlos sumariamente. Tanto Lucrecio como Cicerón y Séneca han dejado una huella profunda en la tradición literaria y filosófica occidental. Sus obras, ya que en los tres casos se trata de magníficos escritores, han contribuido decisivamente al conocimiento de las grandes escuelas del pensamiento helenístico desde la Antigüedad. Y, en el caso de Séneca —el más original de los tres pensadores latinos— su huella en la tradición del pensamiento hispánico tiene un relieve excepcional.

## II

En la exposición de los temas notará el lector una variedad de enfoques, unos más históricos y otros más filosóficos, pero en todos ellos se ha querido ofrecer una perspectiva abierta y actual. El volumen se abre con el trabajo de J. C. Bermejo. El profesor Bermejo, que ha publicado varios libros sobre la mitología griega, muy atentos a la estructura de los relatos míticos y a su función social, aquí no trata de las características del pensamiento mítico como opuesto al lógico, sino, desde un enfoque personal y crítico, y teniendo muy en cuenta recientes trabajos antropológicos e históricos, la oposición de mito y filosofía en la sociedad antigua y en la perspectiva historiográfica. Lo hace con un estilo incisivo y que invita a la discusión y estimula la crítica.

Siguen dos ensayos sobre los llamados «presocráticos». Redactados por dos conocidos especialistas de este periodo, ofrecen una perspectiva complementaria. Más atenta a lo histórico y al contexto religioso y cultural, la de A. Bernabé, quien tras una cuidada traducción de todos los fragmentos presocráticos, ha trabajado con gran cuidado filológico sobre los órficos, una secta de enigmático perfil. El profesor A. Alegre ha escrito reiteradamente sobre los grandes filósofos de este periodo con pericia y entusiasmo. Se ha destinado un capítulo a los ór-



ficos y a los pitagóricos con la intención de poner de relieve la influencia singular que estos pensadores van a tener para Platón y los nuevos rumbos de la filosofía.

José Solana ha escrito sobre los sofistas, tema del que es un experto, con mirada amplia. Sin duda los trabajos sobre estos pensadores de la Ilustración griega, o ateniense, constituyen uno de los grandes capítulos del desarrollo del pensamiento antiguo. No sólo reivindicar el buen nombre de estos pensadores, tan denostados por Platón, sino glosar con amplitud de miras su decisivo influjo sobre esta época, es una tarea hoy ya lograda, que en este ensayo se resume con claridad. Sobre Sócrates ha redactado Tomás Calvo, que es bien conocido por sus trabajos sobre varios filósofos antiguos, pero del que quiero recordar ahora su libro sobre la sofística y Sócrates, un excelente estudio de fina crítica y de aguda síntesis, con dominio muy preciso de la bibliografía más actual.

Conrado Eggers, reconocido maestro en los estudios platónicos, ha hecho aquí un gran esfuerzo de síntesis para darnos, en estas pocas páginas, una visión muy amplia y completa de los problemas y del desarrollo de un pensamiento tan vivaz y profundo, y sus expresiones más logrados en la vasta obra de los *Diálogos*, muy atento a la crítica y a la hermenéutica actual. El trabajo de Ute Schmidt, sobre un aspecto preciso y central de la actitud y actividad del fundador de la Academia, glosa esa relación personal, biográfica, del pensador y las circunstancias de su época, faceta que es decisiva para la orientación de toda su obra. Lo analiza con una notable finura y precisión.

Nos ha parecido muy interesante introducir aquí un breve ensayo sobre el desarrollo del pensamiento matemático griego, tan prestigioso entre los platónicos, tan revelador del espíritu griego de precisión, y tan desatendido muchas veces. Luis Vega, que ya había mostrado su capacidad para este estudio<sup>5</sup>, ha logrado en pocas páginas darnos un agudo texto de síntesis, de muy sugerente lectura.

Muy distinto es el ambiente en que nos introduce el ensayo de Juan Pedro Oliver, quien realizó hace unos años una original y aún inédita Tesis de doctorado sobre los cínicos, y que aquí evoca las figuras de estos pensadores tan anárquicos y libertinos, seguidores de un Sócrates ejemplar y casi mitificado, al margen de las escuelas respetables de los otros filósofos. Enfoca también la obra y las figuras de otros «socráticos menores» que trataron de ética y dialéctica muy desenvueltamente en la búsqueda de la imagen del sabio feliz, paradigma socrático de muy largo influjo.

Miguel Candel, traductor esforzado de muy arduos textos aristotélicos, ha hecho un buen esfuerzo para darnos una síntesis de la obra aristotélica, de tan amplio espectro y de tanta significación en campos

5. Cf. *La trama de la demostración*, Madrid, 1991.

muy diversos del saber, subrayando lo esencial en las aportaciones metódicas y en los objetivos teóricos del estagirita. Una actual, útil y bien ordenada bibliografía completa esa mirada de conjunto al panorama del saber aristotélico.

Me parece que el ensayo de Alfonso Gómez Lobo sobre temas esenciales de la ética aristotélica complementa admirablemente esa visión de conjunto —tan abreviada— sobre la obra proteica de Aristóteles. Del mismo modo que en Platón a un estudio de conjunto se ha añadido un ensayo sobre un aspecto central de su actitud filosófica, se añade aquí, con este cuidado y reflexivo estudio, no ya sobre política sino sobre ética, este fino análisis, que toca vetas esenciales del pensar aristotélico, deslindando su herencia platónica y su propia perspectiva sobre una de los ejes de su filosofía, la vertiente ética, de tan larga influencia en toda la tradición posterior.

Marcelino Rodríguez Donís, que escribió un denso libro sobre *El materialismo de Epicuro*, trata aquí de las repercusiones del sistema hedonista y atomista en pensadores modernos, subrayando la vivacidad y la permanente vigencia del sistema epicúreo. Ha renunciado a una exposición escolar del conjunto, por no repetir un resumen fácil, prefiriendo insistir en la actualidad de algunas de las tesis de la Escuela del Jardín. María Jesús Imaz, buena conocedora de la época helenística, ha preferido, en cambio, ir destacando algunos de los puntos más significativos de la escuela estoica, de tan larga perduración e influencia, tratando de evocar sus figuras más destacadas y los cambios surgidos en la tradición de la misma<sup>6</sup> para evocar su originalidad e influencia en varios momentos. Eduardo Díaz Martín es un buen especialista en la tradición escéptica, tanto en la Antigüedad como en la época moderna, que aquí ha elaborado un estudio preciso sobre los arduos caminos del escepticismo en la época antigua, analizando a la vez los asertos fundamentales de la escuela y sus matices en los singulares maestros de la duda metódica.

El estudio de María Isabel Santa Cruz es una buena muestra de pericia expositiva y dominio de una difícil temática, la del neoplatonismo, en la que es una reconocida especialista<sup>7</sup>. La gran figura de Plotino y la admirable construcción de una filosofía como la neoplatónica quedan aquí bien evocadas y dibujadas con notable precisión sobre el fondo de la tradición anterior, y se subraya cuánto significó el neoplatonismo como la última gran creación filosófica del espíritu griego. Un buen índice bibliográfico completa este cuidado ensayo.

J. Montserrat Torrents ha traducido y comentado numerosos textos gnósticos. Conoce muy bien no sólo los dispersos y arduos textos de estos pensadores y teólogos del crepúsculo helénico, sino también

6. En el sentido que ya marcó G. Puente Ojea en su incisivo libro *Ideología e Historia. El fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Madrid, 1974.

7. Cf. su libro *La genèse du monde sensible dans la philosophie de Plotin*, Paris, 1979.



las varias corrientes religiosas —neoplatónicas, cristianas, etc.— de su época. Era, sin duda, la persona más indicada para darnos un fino esbozo de un movimiento espiritual que, en los márgenes de la inquietud filosófica, impregnó la espiritualidad de muchos escritores y marcó, con una luz ambigua y un tanto trágica, la etapa final de la espiritualidad helénica, ya teñida de orientalismo y asaltada por nuevas inquietudes religiosas de muy larga sombra. Y lo ha hecho de modo muy cumplido, con estilo ameno y precisas referencias bibliográficas.

## III

Como ya señalaba, este conjunto de ensayos no pretende ser un manual ni tampoco un libro de consulta sobre todos los temas y las escuelas de la Filosofía Griega. Es algo más modesto, pero más atractivo: una serie de enfoques sobre los momentos y movimientos más relevantes e influyentes de esa historia filosófica que inauguraron los griegos y que llega hasta nosotros. Respecto de sus orígenes y su vinculación con otros aspectos de la cultura griega, tenemos hoy una visión más amplia que la que ofrecen ciertas historias de la Filosofía Antigua de hace unos decenios. Sin duda, el texto amplio de W. K. C. Guthrie, *Historia de la Filosofía Griega*<sup>8</sup>, ofrece el mejor estudio de conjunto sobre las épocas primeras de ese proceso, desde Tales hasta Aristóteles. Pero la etapa posterior, la de las filosofías postaristotélicas, tan modernas en más de un sentido, no está incluida ahí. (E, incluso, hay que decir que el tratamiento dado a Aristóteles es demasiado sucinto, en comparación con el detenido estudio de otras figuras en esa misma historia.)

Por otra parte, nuestra concepción de la filosofía antigua debe hoy estar abierta a la influencia de otros modos de pensamiento y otras manifestaciones culturales del mundo helénico contemporáneo, puesto que el pensamiento filosófico vive y se nutre en un marco histórico mucho más complejo que el que se suele rememorar en estas evocaciones atentas a la teoría y los textos estrictamente filosóficos. Por un lado, podríamos recordar cómo historiadores del pensamiento antiguo en un sentido lato, como F. R. Cornford, E. R. Dodds, J. P. Vernant, E. A. Havelock, G. E. R. Lloyd, etc., han ofrecido una interpretación más abierta y sugerente de muchos fenómenos del mundo del pensamiento antiguo gracias a una apertura del horizonte crítico, y, por otro, resaltar que otras manifestaciones prácticas y teoréticas del pensamiento griego deberían tenerse en cuenta a la hora de un balance general, como es el caso del desarrollo del pensamiento científico, del que es una muestra temprana el pensamiento médico de los hipocráticos, ya a

8. Seis tomos, Gredos, Madrid, 1984-1993.

finales del siglo V a.C., y luego los logros de las varias ciencias del helenismo. Pero todo esto va más allá de los límites con que este tomo está programado. Sólo lo indico aquí para subrayar, por si fuera conveniente no pasar por alto la advertencia, que la historia del pensamiento griego engloba la de la Filosofía Griega, y que todo estudio sobre esta o aquella escuela o tendencia debe quedar abierto a consideraciones de un horizonte más comprensivo.

No quisiera, sin embargo, alargar más este prólogo, que sólo pretende avanzar con breves apuntes el programa que estos ensayos, ensamblados para cubrir el largo desarrollo de las etapas sucesivas y más destacadas de la Filosofía griega, han cubierto, a mi entender, con atractiva solvencia y desde enfoques actuales y atractivos.